

EL PLACER DE SERVIR

Por Gabriela Mistral

Toda la naturaleza es un anhelo de servicio.
Sirve la nube, sirve el viento, sirve el surco.
Donde haya un árbol que plantar, plántalo tú;
donde haya un error que enmendar, enmiéndalo tú;
donde haya un esfuerzo que todos esquivan,
acéptalo tú.

Sé el que aparta la piedra del camino, el
odio entre los
corazones y las dificultades del problema.
Hay la alegría de ser sano y la de ser justo,
pero hay,
sobre todo, la hermosa, la inmensa alegría
de servir.

Qué triste sería el mundo si todo estuviera
hecho,
si no hubiera un rosal que plantar, una em-
presa que emprender.

Que no te llamen solamente los trabajos
fáciles

¡Es tan bello hacer lo que otros esquivan!
Pero no caigas en el error de que sólo se
hace mérito

con los grandes trabajos; hay pequeños
servicios

que son buenos servicios: ordenar una
mesa, ordenar
unos libros, peinar una niña.

Aquel que critica, este es el que destruye, tú
sé el que sirve.

El servir no es faena de seres inferiores.

Dios, que da el fruto y la luz, sirve.

Pudiera llamarse así: «El que sirve».

Y tiene sus ojos fijos en nuestras manos
y nos pregunta cada día: ¿Serviste hoy? ¿A
quién?

¿Al árbol, a tu amigo, a tu madre?

SANTORAL

D 20: San Honorio / **L** 21: San Hilarión de
Gaza / **M** 22: San Juan Pablo II / **Mi** 23: San
Juan de Capistrano / **J** 24: San Antonio
María Claret / **V** 25: Santos Crisanto y Darío /
S 26: San Albino

† **Leonel, un servidor en la diaconía
de la caridad**

Por Rachel S. Diez

† **El hijo del hombre ha venido para dar su
vida en rescate por todos**
(Mc. 10, 42-45)

Por Benjamín González Buelta, S.J.

† **No hay misión más hermosa que amar
a Jesús y a María**

Por Yenia Matos Henríquez



Domingo Mundial de las Misiones

Leonel, un servidor en la diaconía de la caridad

Por Rachel S. Diez



Leonel Pérez pertenece al segundo grupo de diáconos permanentes ordenado en Cuba. Recibió el ministerio el 29 de junio de 1991, por lo que acumula más de tres décadas bajo esta gracia sacramental. Más de treinta años tiene de creada también Cáritas, institución de la que fue el primer director, en plena efervescencia de aquella crisis —prolongada— que los cubanos bautizamos bajo el nombre de Periodo Especial.

La fundación de Cáritas se valoró desde fines de 1989, como respuesta a la dificultad —que hoy permanece, pero bajo otras dinámicas— de ejercer abiertamente la caridad hacia los más necesitados. Pero esto despertó recelo, pues se entendía que una institución que proclamara el compromiso con quienes padecían alguna pobreza, era reconocer que el proyecto social creado para amparar a los humildes no podía hacerse cargo de todos aquellos a quienes prometió favorecer. Mucho influyó para que se logaran avances en tal sentido la visita de Madre Teresa de Calcuta a Cuba, quien mostró especial interés en los modos concretos de ayudar.

Fue en este contexto que el Cardenal Jaime Ortega le platicó a Leonel la posibilidad de formar un equipo para conseguir la primera oficina en La Habana. Este era un paso primordial, porque para

que se reconozca la existencia de Cáritas en cualquier país, deben existir sedes en dos o más diócesis. Leonel fue director de Cáritas nacional y Cáritas Habana hasta 1993, cuando se consiguió incorporar a otras diócesis, y quedó al frente de la oficina en la capital.

Al comienzo se gestionaban ayudas de una provincia a otra, empeño superlativo si pensamos que la Iglesia no poseía medios para transportar grandes volúmenes de recursos ni sitios para su almacenamiento. Con gran pasión se comenzó a trabajar desde los espacios que favoreció la Capilla de La Inmaculada en La Habana. Leonel contó con la colaboración de su esposa Marta. Ambos dejaron sus profesiones para dedicarse por completo a organizar la caridad y los servicios.

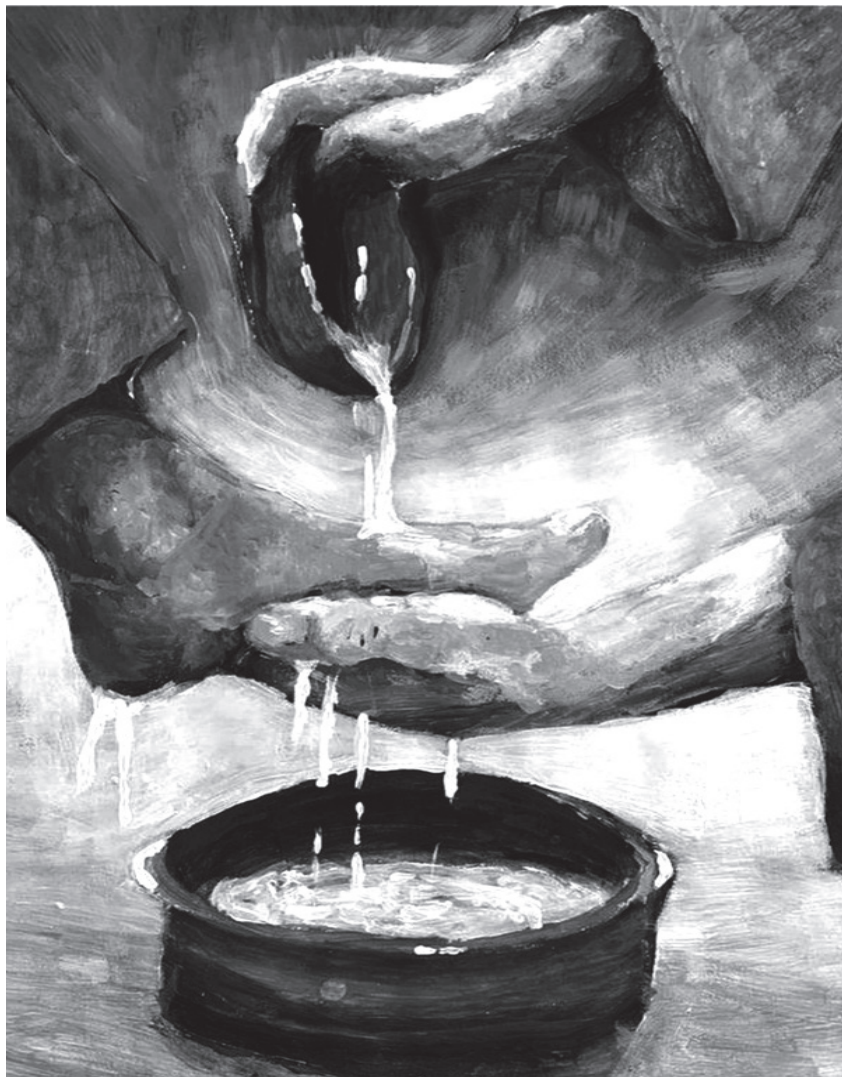
Inicialmente, las negociaciones con el gobierno fueron difíciles, en particular a la hora de abordar asuntos prácticos, pero situaciones como el evento meteorológico conocido como “La Tormenta del Siglo”, en 1993, ofrecieron el escenario para que la Iglesia brindara donativos a los afectados, seguido de contribuciones en medicinas, prótesis y alimentos. Uno de los principales convenios que concertó Cáritas fue el envío de contenedores de comida —especialmente leche, desde la Unión Europea—, utilizados para paliar un padecimiento de varias familias en aquellos años que las autoridades pertinentes señalaron como polineuritis y que respondía a un déficit nutricional reconocible.

Estos procesos fueron complementados con la formación y el crecimiento en la concepción de la espiritualidad de Cáritas, junto al florecimiento de estructuras vicariales y parroquiales que configuraron buena parte de la organización que hoy permite llegar a más personas en modos efectivos.

Actualmente, Leonel Pérez vive en Santa Fe y considera que la labor en esta institución fue su mayor entrega: “Cáritas me marcó, me permitió brindar un servicio a la Iglesia y a nuestro pueblo que aún siento. Siempre recordaré cómo la gente venía a vivir la caridad con tanta alegría”.

El hijo del hombre ha venido para dar su vida en rescate por todos (Mc. 10, 42-45)

Por Benjamín González Buelta, S.J.



La situación no podía ser más inoportuna e insensata para la petición que Juan y Santiago le hacen a Jesús. Después de atravesar Palestina caminando a pie, ya muy cerca de Jerusalén, donde iban a matar a su maestro, Juan y Santiago le piden a Jesús que les conceda sentarse a su lado cuando esté en su gloria. Jesús, que ha venido instruyendo a sus discípulos y a la pequeña comunidad que lo acompaña en que será ejecutado por el poder judío y romano, pero resucitará; aprovecha la petición para enseñar algo definitivo sobre el poder de los seguidores de Jesús, que no tiene nada que ver con el poder de los jefes de las naciones.

“Los jefes de los pueblos los tiranizan, y los grandes los oprimen”. Este modo de gobernar utiliza el poder para controlar a los demás, su trabajo y sus vidas, para lograr sus propios sueños personales de ambición y de gloria. En cambio, el modo de ejercer el poder que Jesús ha traído al mundo, es empoderar a los demás, de

manera especial a los que están minimizados y oprimidos, para que puedan vivir con toda dignidad y ser creadores del futuro del reino de Dios.

Jesús viene a posibilitar la vida plena para todos. Y eso se logra siendo servidores de todos. Jesús lo volverá a repetir durante la última cena, en esos momentos finales de su vida, cuando cada gesto y cada palabra tienen una densidad de testamento. Se pone a los pies de los discípulos para lavárselos, en un trabajo propio de esclavos. Es consciente de que Él es Maestro y Señor y, como tal, está dando una enseñanza definitiva. Como Señor, está poniendo un gesto que crea vida. En realidad, todos los que sirven a los demás, tengan el cargo que tengan en la sociedad, son maestros y señores, porque enseñan y crean la vida verdadera.

No siempre es fácil para los cristianos encontrar las palabras que debemos decir y los gestos correctos que realizar. La lucidez y el valor necesarios son dones del Espíritu que debemos pedir. Nos dice Jesús: “El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por muchos”. Creamos vida nueva, desde el don de la propia vida, en los innumerables servicios que realizamos cada día.



Orando en la semana

- D 13:** Sab 7, 7-11 / Sal 89 / Heb 4, 12-13/ Mc 10, 17-30
- L 14** Gá 4, 22-24. 26-27. 31-5, 1 / Sal 97/ Lc 11,29-32
- M 15:** Gá 5, 1-6/ Sal 118 /Lc 11, 37-41
- Mi 16:** Gá 5, 18-25/ Sal 1/Lc 11,42-46
- J 17:** Ef 1, 1-10/ Sal 97/ Lc 11, 47-54
- V 18:** 2 Tim 4,9-17a /Sal 44/ Lc 10, 1-9
- S 19:** Ef 1, 15-23/ Sal 8/Lc 12,8-12

No hay misión más hermosa que amar a Jesús y a María

Por Yenia Matos Henríquez



Adela es una laica que tiene 75 años y lleva más de cuarenta en la comunidad de El Salvador del Mundo, en Marianao. Los que la conocen bien, le dicen Lela y aseguran que se ha ganado el cariño de los párrocos que por allí pasan, y también de los feligreses, quienes la estiman por su trato cariñoso y jovial.

Lela ha sido responsable de casi todas las tareas que un laico puede llevar a cabo en una comunidad. Al principio era la encargada de mantener el orden y la limpieza en el templo y en las áreas aledañas. Cuenta que su fe no era tan grande entonces y que aprendió a cultivarla gracias a quienes asistían a la parroquia. Se convirtió en una persona de confianza para el padre Vicente Abreu, y pasó a trabajar en la oficina que tramitaba las actas de

bautismo y matrimonios. Esa fue su labor por varios años, acompañando también a otros sacerdotes que pasaron por allí.

“Trabajé en varias cosas. Tramitaba actas, turnos para bautizos, ayudaba al padre a mantener limpias sus vestimentas y organizaba todo para que las misas transcurrieran lo más organizadas posible”, explica. Así pasaron diez años. Sin embargo, con el paso del tiempo, ella notó que había algo allí que nunca había intentado y que le llamaba mucho la atención: la catequesis.

“Siempre veía como trabajaban los catequistas, y que preparaban con mucha ternura las clases para los niños. Un día me acerqué a uno de ellos y le pregunté qué podía hacer para convertirme en una. Él, con mucho cariño, respondió que me ayudaría a prepararme para esa misión. Y así fue: en poco tiempo me convertí en catequista y comencé con los más pequeños. Esta es una de las tareas que más he amado en mi vida de laica y es la que más me gusta actualmente, aunque ya no la practico. Sigo asistiendo a la iglesia, pero el catecismo ha perdido espacio y no asisten tantos niños como antes. Es un desafío a vencer”, comenta.

Ante la interrogante de cuál debe ser la misión del laico en la iglesia, ella responde: “Primero, amar a Dios sobre todas las cosas, como Él manda; y después, amar a nuestros hermanos. Solo así seremos capaces de transmitir el Evangelio, no solo con palabras, sino con nuestro ejemplo”. Y añade que la obra más importante es “hacer que quienes llegan nuevos a la comunidad se enamoren de Jesús, como los niños de un padre, y veneren a María como a una madre. No hay misión más hermosa que esa”.